

1989-11-10

Discurso Gustavo Chiang Acosta

Universidad Técnica Federico Santa María

Archivo Histórico USM

<http://hdl.handle.net/11673/22472>

Repositorio Digital USM, UNIVERSIDAD TECNICA FEDERICO SANTA MARIA

Amigos todos:

Antes que nada quisiera agradecer a todos ustedes vuestra presencia en este acto, que para la Universidad y para mí en particular, representa un acto de reencuentro de todos los actuales universitarios con aquellos que en épocas pasadas se formaron en esta casa de estudios superiores.

Quisiera presentarme ante ustedes, en especial para los que no me conocen. Soy hijo de un inmigrante chino que llegó a Iquique. Nací en la Pampa y tuve tres hermanos y una hermana.

Sobrevivíamos tres en la época en que empezáramos a estudiar en esta Universidad Técnica Federico Santa María y cuando sólo existían las carreras de Ingeniería Eléctrica, Mecánica y Química, nos titulamos Juan, Ingeniero Eléctrico, que murió; Jaime, Ingeniero Químico, y yo Ingeniero Mecánico.

Logramos estudiar gracias a la ayuda de la universidad, debido a que todos obtuvimos becas de estudios.

El 10 de diciembre de 1949, antes de completar los 6 años en la universidad, di mi examen de grado, obteniendo el título de Ingeniero Mecánico, más tarde canjeado, de acuerdo a la reglamentación existente, por el de Ingeniero Civil Mecánico, título que me fuera entregado por mi hermano Jaime en ese momento rector de esta casa de estudios.

Como ustedes podrán calcular, han pasado casi 40 años desde que salí de esta universidad. Hoy tengo el privilegio de volver a ella para trabajar, en compañía de todos ustedes, por su engrandecimiento siguiendo el espíritu de nuestro fundador don Federico Santa María Carrera.

40 años de vida, tanto profesional como familiar, en que he podido realizar-me gracias a la formación que me diera esta casa de estudios. En este día lo manifiesto con mucho orgullo y cariño, pues gran parte de lo que soy se lo debo a ella.

Ustedes ya han leído mi curriculum. He trabajado en la industria, en especial en el área forestal y, al mismo tiempo, como profesor part-time en la Universidad del Bío Bío, ex Universidad Técnica del Estado, además de ser, desde su fundación presidente del Consejo Regional de la sede Rey Balduino de Bélgica de Talcahuano.

Casado, padre de 8 hijos, todos profesionales.

Con este bagaje me presento ante ustedes, para dar a conocer mis pensamientos sobre lo que creo debería ser la universidad considerando su pasado, presente y futuro, y lo que creo se deberá hacer para consolidar y engrandecer su presencia en el país, para el bien de los que estudian, enseñan y trabajan en ella, y como también para ayudar al desarrollo científico y tecnológico de Chile.

Sin embargo, antes quiero hacer hincapié en algo que he repetido en varias oportunidades anteriores delante de algunos de Uds., todo lo que se haga no podrá ser obra de una persona, sino de un equipo formado por toda la comunidad universitaria, donde sin temor pero con gran respeto, deberemos estudiar y exponer nuestras ideas, analizarlas y de acuerdo a ellas, estoy seguro, se logrará un adecuado desarrollo de la Universidad y por ende de todos nosotros.

Ahora bien, quisiera hacer un poco de historia. Don Federico Santa Marfá, nuestro ilustre fundador, hizo su primer testamento en 1894, legando a la ciudad de Valparaíso una universidad. En parte de su testamento dice lo siguiente:

"Deseo ante todo expresar a mis conciudadanos que los últimos años de mi vida los consagré exclusivamente al altruismo, y al efecto hice mi primer testamento en 1894, legando a la ciudad de Valparaíso una universidad, pero en el transcurso del tiempo la experiencia me demostró que aquello era un error y que era de importancia capital levantar al proletariado de mi patria concibiendo un plan con el cual contribuyo primeramente con mi óbolo a la infancia, en segundo lugar a la escuela primaria, de allí a la Escuela de Artes y Oficio y por último al Colegio de Ingenieros, poniendo al alcance del desvalido meritorio, llegar al más alto grado del saber humano, es el deber de las clases pudientes contribuir al desarrollo intelectual del proletariado".

Especificó claramente, que la universidad debía ser una universidad técnica indicando las especialidades que deberían ser instruidas, adelantándose en el tiempo al desarrollo industrial que se produciría en el mundo y para el cual nuestro país debía estar preparado para avanzar en él.

He leído una parte del testamento de don Federico, para que no lo olvidemos y tratemos de seguir su huella.

En enero de 1932 se abrieron las aulas de la Universidad Santa María con alumnos en las siguientes carreras:

- Cursos Vespertinos, Obreros 163
- Marzo 1932 – Cursos Regulares (Electricidad, Carpintería, Herrería, Gasfitería, Mecánica) 50

En 1949, cuando yo egresé, éramos 487 alumnos, repartidos de la siguiente forma:

– Escuela de Aprendices y Escuela Técnica elemental	222
– Escuela Preparatoria y Superior	107
– Instituto Técnico	16
– Colegio de Ingenieros	52
– Cursos Nocturnos	90

487

Hoy día somos: 1er. Semestre 1989 5.727:

– Escuela “José Miguel Carrera”, Sede Olivar	1.495
– Escuela “Rey Balduino de Bélgica”, Sede Talcahuano	1.389
– Casa Central	2.843

Repartidos en :

- Técnicos Universitarios
- Facultad de Ingeniería
- Facultad de Ciencia
- Postgrados

Señores, esta es la universidad que hoy recibimos en marcha, pero queda mucho por hacer, y es la tarea que todos debemos emprender.

Ahora quisiera definir un poco lo que pienso de la universidad, pensamientos que no son del todo míos, sino que pertenecen al sentir de muchos.

El sentido de ser y la función universitaria, serán siempre, no cabe duda, materia de reflexión y búsqueda, y, por lo tanto, de diálogo y discusión. Sin embargo, haciendo un esfuerzo para llegar a aquello que pareciera ser lo medular, creo que todos podemos concordar en considerar a la universidad como servidora de la cultura de un pueblo. Así, la universidad es el lugar donde se investiga, donde se elabora, donde se transmite y desde el cual se comunica la elaboración cultural en el sentido más profundo que ella tiene: “El estilo de la vida de un pueblo”, tal como lo definiera el Concilio Vaticano II. Por eso la misión de la universidad se expresa a través del servicio que le preste a un pueblo, lo que se logra, en su esencia más particular, mediante el trabajo de interpretar, crear y transmitir cultura y ciencia.

Con gran sabiduría se ha afirmado que la universidad representa en el conjunto de la vida nacional, lo que la inteligencia representa dentro del organismo humano. Es evidente que el hombre no vive para pensar, sino que pien-

sa para vivir mejor, más humanamente. De allí que la universidad debe integrar el sentido de su quehacer, que es servir a la vida de un pueblo, mediante su racionalidad propia y que consiste, fundamentalmente, en la investigación y el logro de sucesivas síntesis científico-culturales.

En realidad, el desafío que se presenta hoy a las universidades y a los universitarios, es el de la cultura, de aquella que puede darle sentido a la vida del hombre, inaugurando un verdadero humanismo, en que la solidaridad y la gratuidad sean los valores esenciales.

Esta última afirmación es de particular importancia, puesto que estamos conscientes de la presencia en la Universidad de antivalores como el profesionalismo, el violentismo, la competencia, el economicismo, el materialismo y el consumismo.

Profesionalismo, que se expresa en un énfasis desmedido que se da a los aspectos técnicos en la formación del futuro profesional, olvidando aquello que le da sentido y jerarquía a sus conocimientos.

Violentismo, que rechaza el diálogo, hace de la fuerza su gran argumento y conduce al mundo por caminos de destrucción y muerte.

La competencia, planteada como único camino de superación y que enfrenta a unos contra otros, entregando sólo posibilidades a los mejores dotados o a aquellos que conciben la vida como una lucha, algunas veces sin cuartel y donde sólo ganan los que participan en mejores condiciones físicas, económicas y sociales.

Economicismo, que hemos visto ensalzar como panacea de soluciones a nuestros múltiples problemas económicos-sociales, y que sin embargo, hemos comprobado está lejos de ser tal, al no ofrecer solución a los problemas de la justicia, deshumanizando de paso a aquellos que optan por tal camino.

Materialismo, que al no ser una respuesta integral a las aspiraciones más profundas del hombre, introduce desarmonía en la vida humana e impide establecer una jerarquía de valores verdadera, que conduzca a decisiones que lleven a la mejor expresión de la vida personal o colectiva.

Consumismo, que abre apetitos incontrolados, muchas veces imposible de satisfacer y que conduce a desencantos destructores o al uso de cualquier medio para alcanzar los deseado.

He aquí un campo de valores y antivalores de la cultura y donde todos en la universidad, tenemos un papel de gran importancia. Profundizando en los valores y abriendo caminos para que la ciencia en su constante desarrollo traiga paz y justicia en plena conciencia de su subordinación al hombre y del respeto permanente que le debe a su dignidad.

Ciencia, expresión de una verdad buscada en forma incesante, apasionada, sincera, búsqueda llena de vida, amor y humildad.

Verdad, que aunque parcialmente transmitida, también constituye un desafío y una conquista. Verdad que, al mismo tiempo es un don, también es una tarea.

Ciencia—Verdad, que deberá ponerse al servicio del hombre para que haciendo uso adecuado de ella, pueda enfrentar la necesaria transformación de nuestro medio y hacer así el servicio de la promoción de la vida y de los sectores menos favorecidos.

Universidad llamada a formar hombres capaces de llegar a ser verdaderos maestros de la ciencia y de la técnica, hombres de cultura, que con su maestría la sepan manejar y disponer para el servicio del hombre y la sociedad humana.

Centro elaborador de cultura, corazón de los pueblos, conciencia crítica, alma mater. Universidad que está llamada a ser guía de la comunidad humana a la cual pertenece y a la cual se debe, universidad que es en su esencia, centro de reflexión y pensamiento, donde el énfasis debe ponerse no tanto en aprender cosas, como aprender a pensar.

Hoy día, si miramos la realidad universitaria, podremos comprobar cómo, a través de la ciencia y la técnica se domina con mayor eficiencia el macrocosmo, sin embargo, el universitario pierde cada día más el dominio de sí mismo.

Esto es una prueba más, que por este camino, el universitario se ha deshumanizado y ha perdido el sentido de valores más universales, en donde la lucha se da en favor del hombre y no en su contra.

Ahora bien, para que la universidad cumpla con la función que le hemos asignado, debe cumplir con ciertas condiciones, y quizás una de las más importantes, es aquella de la libertad.

Libertad que es a su vez condición de poder ser.

La misión de pensar requiere y supone la libertad en sus múltiples facetas. La libertad interna, que implica una lucha constante y una conquista por sobre nuestras personales limitaciones y pasiones.

Conquista de nuestro propio señorío, que nos permite el uso de una mente clara y lúcida que no tolera ninguna servidumbre ni ninguna fuerza que no sea aquella de la verdad sin compromisos. Pero esta misión requiere también de una libertad externa, libertad que implica ausencia de presiones ajenas al quehacer universitario que pretendan condicionar y guiar su tarea.

Estas presiones pueden darse a nivel institucional o directamente ejercerse sobre los miembros de la comunidad universitaria.

Estas libertades permitirán a la universidad aquel análisis y su juicio independiente, esa crítica objetiva y realista, que son tan necesarias para el verdadero desarrollo de los pueblos.

Pareciera evidente que para la universidad, haciendo uso de esta libertad, pueda cumplir con sus funciones, debe ejercer y requerir de autonomía. Y no se trata de cualquier autonomía.

Es importante insistir en este concepto, puesto que la universidad, como realidad social, es muy sensible a los fenómenos sociales de su entorno, como también es de suyo, un centro de poder en la medida que es un centro de saber: ciencia, tecnología e información.

La palabra autonomía significa "ser ley por sí mismo". Pero así como la universidad no puede ser dependiente de partidos políticos, ideologías o de determinados modelos de organización del estado sin desnaturalizarse a sí misma, tampoco puede pretender una absoluta independencia respecto de la sociedad en que se encuentra inserta. Creo que uno u otro exceso afectan, de una u otra manera, alguna de las funciones más esenciales del ser de la universidad.

Por estas razones, la autonomía que consideramos propia de la universidad, es aquella que cautela la independencia necesaria que garantiza un quehacer científico, humanista y artístico independientes, como asimismo que otorga aquellas garantías necesarias para que el proceso crítico de la elaboración de la cultura pueda realizarse sin interferencias que lo puedan desvirtuar en la medida que pretendieran instrumentarlo en función de ideologías o poderes políticos:

Sin olvidar que los hermetismos, construcción de "torres de marfil", que quisieran aislarla y desconocer la realidad de la cultura y del pueblo al cual está llamado a servir, también es un peligro que afanosamente debemos evitar.

Se trata en consecuencia, de una autonomía que consigue un justo equilibrio entre universidad y sociedad, en que ni la sociedad impide a la universidad alcanzar los bienes y servicios que debe conquistar y luego entregar; ni ésta tampoco encerrarse en sí misma, desconociendo la realidad que la rodea.

Esta autonomía universitaria, que es autonomía de funciones, se traduce en la facultad para organizarse, definir tareas, escoger métodos, administrar su patrimonio, elegir, sin presiones externas, sus propias autoridades.

La universidad es una comunidad formada esencialmente por profesores y estudiantes, y al así concebirla, estamos planteando una realidad de gran riqueza.

Si hablamos de comunidad, queremos decir conjunto de personas y por lo tanto de seres dotados de inteligencia, voluntad libre y destino trascendente. Para constituir una comunidad, estas personas se fijan una finalidad que les es común y que constituye el nexo que las une y da sentido a la comunidad misma. Esta finalidad no es otra que la búsqueda de la verdad, búsqueda que ya hemos fuertemente enfatizado.

Pero, para que esta búsqueda sea posible y para que la universidad pueda ser tal, requiere hacer del diálogo su medio de intercomunicación y progreso.

Diálogo que es necesario hacer realidad al interior de cada estamento, sin el cual las relaciones inter estamentarias son absolutamente imposibles.

Diálogo interdisciplinario para que las diversas ciencias, arte, y quehaceres universitarios puedan encontrarse y, mutuamente enriquecerse y así llegar a un desarrollo integral que alcance a todo el hombre y a todos los hombres.

Diálogo interuniversitario que conduzca a caminos de complementación, para mejor cumplir el papel de servicio y no competencias estériles que sólo producen antagonismos e ineficiencias donde el país resulta como perdedor.

Diálogo con la sociedad chilena y latinoamericana, a través del cual, cada universidad pueda encontrar la mejor manera de vincularse y asumir su responsabilidad en relación con los problemas de nuestra sociedad y los de América Latina, en la hora presente y con respecto al futuro que es necesario construir y conquistar.

Sin embargo, para que el diálogo sea verdadero, precisa de ciertas condiciones.

Paulo VI, en *Eclessiam Suam*, señalaba con lucidez aquellas condiciones que hacían del diálogo algo verdaderamente posible y eficaz.

En primer lugar insiste en el respeto por la verdad que buscamos y también por la verdad parcial y subjetiva de cada cual, en el fondo se trata del respeto por el otro. Esto, indudablemente, condiciona los procedimientos empleados. No cualquier procedimiento hace posible el respeto. Solamente la verdad nos hará libres. Aquella que se busca y se hace en sí mismo, en los demás y en las instituciones en que participamos.

En seguida, para que el diálogo sea posible, debemos desterrar toda actitud de orgullo o prepotencia. Nos llama a ser "mansos", al conquistar esa mansedumbre que nos permitirá llegar a "poseer la tierra". El orgullo sólo hiere, ofende, y oprime. Las actitudes autoritarias e impositivas son violentas y tienden a producir respuestas violentas.

Una tercera condición para el diálogo, es la confianza en el valor de la propia palabra y en la propia y ajena capacidad para entablar relaciones valederas con los otros. Esta confianza nos anima a afirmar nuestra verdad con respeto, con inteligencia, con serenidad, pero también con coraje.

También nos recuerda la prudencia que, para el caso, consiste en descubrir la sensibilidad del otro, en encontrar el lenguaje adecuado para darse a entender, en asumir la responsabilidad de hacerse cargo de la propia verdad, para que otros puedan conocerla hasta llegar a hacerla suya.

Hemos hablado de diálogo, de autonomía, de libertad, hemos centrado el quehacer universitario en la verdad y en la cultura. Pues bien, para que todo ésto sea posible, se necesita de una comunidad viva, y esa vida comunitaria se expresa en la medida en que pueda expresarse libremente, ser sujeto de su historia, en una palabra, pueda, como comunidad, participar.

Participar, significa tomar parte en aquello que afecta o concierne. Una participación adecuada transforma a los universitarios en verdaderos sujetos y les invita a asumir con madurez sus personales responsabilidades, en relación con los objetivos particulares de la institución universitaria, y es además un camino pedagógico excelente para la formación de personalidades conscientes, abiertas y solidarias.

Una verdadera participación conduce a evitar la concentración del poder universitario en una o pocas manos, que aunque actuando de buena fe, muchas veces lo hacen en el desconocimiento de la comunidad universitaria e ignorando las verdaderas necesidades que ella tiene.

Una verdadera participación, muy por el contrario, es capaz de elaborar un concepto de autoridad cuyo servicio esencial es ir logrando consensos necesarios para que la universidad pueda ser tal.

Condiciones para que esta participación sea real y efectiva, son la existencia de organismos colegiados con carácter de resolutivos y a diferentes niveles. La necesidad de una información veraz y oportuna, la ausencia de suspicacias y miedos que destruyen y paralizan, o de temores a represalias de cualquier naturaleza que pudiera hacerse presente.

Creemos necesaria la participación a nivel académico —no es posible pensar en verdaderos equipos de investigación y de docencia, si no hay participación real de cada uno de los miembros de la comunidad universitaria que a ellos pertenece. Tampoco parece posible pensar en el diseño de políticas universitarias, sean de docencia, investigación o extensión, si no pueden tomar parte en ellas académicos que representan a sus pares y sean hombres abiertos al sentido de la universidad como tal y al servicio que la sociedad espera de ella.

Por otro lado, también parece importante señalar que a los estudiantes debe reconocérseles algún grado de participación en lo académico, tanto por lo que ellos representan desde el punto de vista de sus inquietudes e interrogantes que naturalmente surgen, como porque la docencia les afecta directamente.

La participación va más allá, es necesario considerar una participación a nivel de Departamentos, Escuelas, Facultades, Institutos y Sedes, tanto de investigadores y docentes, como de estudiantes y administrativos en las proporciones justas y prudentes, que garanticen una expresión libre y responsable de legítimos puntos de vista e intereses de todos los miembros de la comunidad universitaria, en cada una de sus respectivas áreas de acción.

También para que exista un gobierno universitario, en que los académicos tengan una real participación, tanto en su generación como en la representación en los organismos colegiados, debe existir una carrera académica y docente que permita incentivar y promover la excelencia en el desempeño de sus funciones.

Para que todo lo anterior sea una realidad, debe existir también una real comunicación, comunicación que debe ser expedita, oportuna y eficaz, para que cada universitario se sienta motivado e interpretado por la acción que se está realizando. Es importante que esta información no sólo sea en una dirección, sino que debe ser dinámica, de tal manera que todos participen en ella, tanto recibiendo como dando la información necesaria.

Por último, quiero repetir lo que expresara en mis primeras intervenciones:

La acción que estamos emprendiendo, no será la obra de un hombre, será la obra de toda la comunidad universitaria, para lo que yo les pido la ayuda y cooperación de todos ustedes. Creo y estoy seguro que podré contar con ella, ya que todos queremos que nuestra universidad sea grande para el bien de nuestra nación, de nuestros alumnos y de nosotros mismos.

Estimados amigos:

Es muy probable que muchos de ustedes haya oído, en tiempos no lejanos, estos mismos principios. No pretendo que sean originales. Son los viejos, y sin embargo, siempre nuevos ideales que han servido de fundamento en la construcción de toda universidad.

Lo que hoy nos apremia, más allá de las palabras que usamos para expresarlas, es el llamado urgente de hacerlas realidad.

Se que no es tarea fácil. A pesar de las dificultades que presente y de los sacrificios que demande, con ánimo renovado, les invito a que todos juntos emprendamos la tarea.

Es una gran tarea, pero ¿qué hombre o mujer no ha sido capaz por encima de los tiempos, razas o culturas de enamorarse de un ideal?

Hagamos todos un esfuerzo, bien vale la pena. Empinémonos y tomemos con nuestras manos las estrellas.

Por último, quiero elevar una oración al Señor, para que nos guíe en esta magna tarea a que nos hemos abocado.

Muchas gracias.